

Esta metodología no está, como es lógico, exenta de peligros ni cuenta con garantías totales de éxito en asuntos tan delicados. Recientemente se ha cuestionado, por ejemplo, si los recientes documentos sobre la Eucaristía surgidos en el diálogo Anglicano-Católico mantienen clara la idea de sacrificio. Y acerca del ministerio desearían muchos que los documentos correspondientes reconocieran con menos vaguedad la naturaleza sacramental del orden. El libro se hace eco de estas reservas, y añade, constructivamente, otras acerca de la autoridad en la Iglesia tal como lo contempla el documento acordado en Venecia (pp. 278s.).

JOSÉ MORALES

Ph. DELHAYE, *Discerner le bien du mal dans la vie morale et sociale. Etude sur la morale de Vatican II*, Ed. C.L.D. ("Esprit et Vie", n. 7), 1979, 174 pp., 14 × 20.

Este libro tiene su punto de partida en la ponencia que el autor presentó al Simposio Internacional de Teología, celebrado en la Universidad de Navarra (18-20 de abril de 1979) sobre el tema *Ética y Teología ante la crisis contemporánea*. Dicho trabajo constituye la base del libro que presentamos, y así lo advierte el A. en la Introducción. Fundamentalmente el A. ha añadido a la ponencia presentada en el Simposio una *Introducción* (pp. 7-14), el cap. I (p. 15-37) y unas *Conclusiones* (pp. 128-143), además de algunos pequeños apartados.

Los temas que considera en este libro Mons. Delhaye los ha abordado en otras muchas ocasiones, sobre todo en sus trabajos en *Esprit et Vie*. Sin embargo, el presente libro no es ni un resumen, ni un balance de sus trabajos anteriores; es la continuación de una búsqueda, el estudio de aspectos nuevos. El A. hace un resumen breve y profundo del relativismo moral: sus manifestaciones y sus causas; propone un remedio que consiste en apelar al personalismo y a la trascendencia tal como son enseñados por el Concilio Vaticano II. De esta forma pretende "aportar una piedra a una reconstrucción que parece está preparándose" (p. 14).

El contenido del libro, en su núcleo fundamental, quiere ser una respuesta a las siguientes preguntas: ¿Cómo podemos distinguir a tenor del Vaticano II, el bien del mal en el plano moral? (cap. II). En nuestra condición de hijos de Dios y hermanos de los hombres, ¿cómo debemos comportarnos en la vida social? (cap. III). ¿Cómo podemos colaborar con el mundo? (cap. IV). ¿Qué compromisos no podemos aceptar? (cap. V).

Pasemos ya a resumir la respuesta que da el A. a las anteriores preguntas. Antes he de advertir que en un primer capítulo, con un ca-

rácter de alguna manera introductorio, el A. analiza la crisis actual. En un primer momento analiza las manifestaciones de esta crisis. Es una descripción breve, hecha en un tono que deja traslucir una honda preocupación por remediar tal estado de cosas. En segundo lugar describe las causas de la crisis: factores psicológicos, filosóficos y teológicos. Constituye este apartado una denuncia valiente y sincera de una situación que, paradójicamente, algunos pretenden justificar como fruto de una interpretación del Vaticano II.

La superación de la crisis moral, apunta con fuerza el A., debe basarse, precisamente, en una correcta interpretación del Concilio (cap. II). La objetividad y la trascendencia de los valores morales se destacan convenientemente en la línea del sano personalismo que propugna el Concilio, en el recurso a Cristo como centro de la historia y en la apelación a la dignidad de la persona humana. La objetividad y la trascendencia encuentran en estos criterios conciliares un sólido fundamento.

En el cap. III, en base a los criterios establecidos, estudia la actitud cristiana ante los valores humanos de la vida social. El Concilio ha hecho aportaciones sustanciales, en este sentido, al desarrollar las bases de la "teología de las realidades terrenas". El cristiano asume el compromiso con las realidades terrenas como un homenaje a Dios Creador y Salvador, y a la vez como un servicio de caridad para con sus hermanos los hombres. Precisamente en este punto se destacan de nuevo los dos criterios de moralidad: Cristo y la dignidad de la persona humana. Al mismo tiempo, desde esta perspectiva, se valoran realidades humanas como la vida familiar, la vida cultural y la económica y social. A su vez, el A. sale al paso de las falsas interpretaciones debidas al "metaconcilio". Interpretaciones falsas que, partiendo de la afirmación conciliar de la *justa autonomía de las realidades terrenas* (*Gaudium et spes*, 36), pretenden que estas realidades deben desarrollarse al margen de la moral, sin necesidad de indicaciones del Magisterio en estos temas, y sobre el supuesto de la no existencia de un orden moral objetivo como criterio obligado de referencia.

La actitud cristiana ante las realidades terrenas viene expresada fundamentalmente en la frase: "estar en el mundo" y "no ser del mundo". "Estar en el mundo" significa que el cristianismo no es un ghetto, sino que está llamado a la colaboración con el mundo. "No ser del mundo" exige que el cristianismo conserve su identidad, su autenticidad. El A. llama la atención (cap. IV) sobre dos tentaciones que pueden asaltar al cristiano: la tentación de replegarse sobre sí mismo y la tentación de prescindir de la autenticidad cristiana abandonándose sin reserva al mundo. La moral cristiana debe ser presentada de tal manera que se afirmen valores tan importantes como la identidad cristiana, el diálogo y cooperación con los demás hombres, la trascendencia divina y la dignidad de la persona humana. Todas estas características aparecen en la primera catequesis moral cristiana: el Sermón de la Montaña. En efecto, la moral cristiana es trascendente por su ori-

gen, por su orientación hacia el reino, y a la vez las palabras del Señor son profundamente humanas y presentan la dignidad de la persona humana como un criterio objetivo. La identidad de la moral cristiana es puesta de relieve sobre todo en las antítesis de Mt 5.

El A. considera con mayor detenimiento la aparente antinomia entre autenticidad moral cristiana y la cooperación con los demás hombres. El Vaticano II, hablando desde la fe, propone un modelo moral válido para todos los hombres. ¿No es esto contradictorio? Según Delhaye no interpretan bien el Concilio quienes se aferran, en esta cuestión, a la hipótesis de la *natura pura*, pues el Vaticano II no la utiliza; tampoco es aceptable la reducción de lo sobrenatural a lo humano, pues el Concilio no lo permite. Todos los hombres están llamados a la divinización y esto justifica que la *Gaudium et spes* pueda, desde la fe, dirigirse a todos los hombres. Indudablemente es éste un tema muy difícil en el que Mons. Delhaye apunta una solución que evita posturas parciales e inaceptables en uno u otro sentido: el acercamiento entre cristianos y no cristianos se explica por la vocación divina de toda persona humana, sin que esto signifique que lo humano y lo divino se identifiquen. La clave es Cristo: en El la naturaleza humana asegura su consistencia. A la luz de este principio el A. examina los servicios que el mundo puede prestar a la Iglesia y la ayuda que la Iglesia puede prestar al mundo. El planteamiento del A. resulta en este punto especialmente sugerente.

Sin embargo, la colaboración entre la Iglesia y el mundo, entre cristianos y no cristianos, no es siempre posible (cap. V). Hay situaciones de divergencias graves. Sobre todo ocurre esto en nuestra sociedad pluralista. Es obligado tener en cuenta el criterio de la dignidad de la persona humana que impondrá límites al derecho de la libertad de las conciencias: los derechos de las personas, el bien común y la moralidad pública. Cuando se atenta contra estos bienes la colaboración resulta imposible. Un ejemplo es el aborto. El A. alude muy brevemente a la tolerancia como una posible actitud cristiana. Es una pena que no haya desarrollado más ampliamente este tema, siempre difícil, a la hora de concretarlo en sus últimas determinaciones, y tan relacionado con el tema de la relación entre moralidad y legalidad al que el A. se refiere, aunque muy brevemente.

El libro termina con unas conclusiones (pp. 128-143). El A. advierte que la invitación a participar en el Simposio de la Universidad de Navarra le ha dado ocasión de hacer una "relectura" y una profundización en temas que ha estudiado durante veinte años, e indica lo que él considera como aportación de este libro en relación con sus trabajos anteriores. Destaca, en este sentido, los siguientes puntos: una atención más activa y lúcida prestada al Vaticano II; la referencia a Dios y a la dignidad de la persona humana como criterios morales; traducción y complemento "personalistas" del derecho natural aristo-

télico y estoico; nuevas perspectivas de la especificidad de la moral cristiana.

El libro incluye, en *Nota aneja*, un amplio elenco de trabajos anteriores del A. sobre los diversos temas abordados en esta obra.

Considero que, de modo especial los que nos dedicamos a la Teología Moral, debemos congratularnos de la aparición de este libro. Nada hay en él de sorprendente para quienes, desde hace varios años, seguimos atentamente los trabajos de Mons. Delhaye. Sin embargo, y una vez más, el presente libro constituye una valiosa aportación del ilustre profesor en puntos fundamentales de Teología Moral.

TEODORO LÓPEZ